

Domingo 27 mayo 2007

El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Jn 20,19-23

Como el Padre me envió, así los envío yo

El Evangelio de este domingo, pero prolongado hasta el versículo 31, es el Evangelio propio del II Domingo de Pascua. Allí se relatan dos apariciones de Jesús resucitado a sus apóstoles y la segunda de ellas ocurre precisamente «ocho días después». Es muy claro que el tema de esa lectura, subrayada por el mismo Evangelio, es la incredulidad del apóstol Tomás y su posterior confesión de fe.

En este Domingo de Pentecostés, en cambio, se lee solamente el relato de la primera aparición de Jesús el mismo día de la resurrección: «Al atardecer de aquel día, el primero de la semana». Y la atención se concentra sobre el gesto realizado por Jesús sobre sus apóstoles: «Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: "Reciban el Espíritu Santo"». ¿Qué pudieron entender los apóstoles de ese gesto y esas palabras?

Para responder a esta pregunta debemos observar el contexto inmediato. Jesús realizó ese gesto después de haber dicho algo -«dicho esto...»- que con ese gesto queda confirmado y explicado. Y lo dicho antes era la expresión de la misión que les encomendaba: «Como el Padre me envió, así los envío yo». Esa misión no habría sorprendido, a no ser por las partículas comparativas: «Como...asimismo». ¡La misión que Jesús les encomienda es la misma que el Padre le encomendó a él al mandarlo al mundo! Es una misión que supera absolutamente las fuerzas humanas, pues, si hubiera sido posible a las fuerzas humanas, el mundo habría podido salvarse solo y no habría sido necesaria la encarnación del Hijo de Dios, ni su pasión, muerte y resurrección. Jesús expresa su misión de la manera más concisa con estas palabras: «He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia» (Jn 10,10). Es claro que se refiere a la vida eterna, que es la misma vida divina. Y también es claro que ningún ser humano, por muy poderoso que sea, puede concedernos esto. ¡Los discípulos fueron enviados con esa misión, la misión de dar al mundo la vida eterna!

Nadie encomienda a otro una misión sin proveerlo de los medios para realizarla. Jesús proveyó a sus discípulos de esos medios. Así se explica su gesto y sus palabras: la acción de soplar es una dramatización del Espíritu y de su origen (en griego, y también en arameo, sopro y espíritu son la misma palabra). Por si no lo hubieran entendido Jesús lo explica: «Reciban el Espíritu Santo». La misión de salvación que Jesús les encomienda, que supera todo esfuer-

zo humano, podrán realizarla gracias a este don. Esa misión es más obra del Espíritu que del hombre. El Espíritu la realiza obrando en el corazón de los hombres; la hace por medio de ellos.

Este episodio quedó en la memoria de los discípulos y alcanzó plena luz, cuando cincuenta días después (esto significa «pentecostés»), sopló sobre los apóstoles reunidos un viento impetuoso y quedaron todos llenos del Espíritu Santo. Esta vez no faltaba ninguno de los Doce, incluso el lugar de Judas Iscariote había sido ocupado por Matías. El autor del relato dice que «al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en un mismo lugar» (Hech 2,1). Pero antes ha dicho que «el número de los reunidos era de unos ciento veinte» (Hech 1,15). Esta era toda la comunidad cristiana en ese momento, toda la Iglesia. Inmediatamente después de haber recibido el Espíritu Santo comenzó la misión de la Iglesia, esa misión imposible para el hombre, pero posible para Dios.

Era importante que Jesús adelantara ese gesto en presencia de sus apóstoles solos, porque sólo por medio de ellos realiza el Espíritu Santo la misión que él realizó de perdonar los pecados: «A quienes ustedes perdonen los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengan, les quedan retenidos». Sólo los ministros ordenados administran la Sangre de Jesús que fue «derramada para el perdón de los pecados» (Mt 26,28).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles